

3°. Participarán nuestros pintores costumbristas de ese dilema, entre el tradicionalismo propio del género y la modernidad de la época con la que entran en contacto, propio del arte español de principios de siglo y también, lógicamente, de los pintores costumbristas hispanos.

4°. No dispone de características peculiares el costumbrismo extremeño que le hagan diferenciable al de otras regiones, participando de sus características más peculiares e incluso de sus heterodoxias, como es el caso del costumbrismo simbolista de Eugenio Hermoso, próximo al de Chicharro o al de Romero de Torres.

FCO. JAVIER PIZARRO GOMEZ  
Universidad de Extremadura

## EL EPISODIO DE LOS PATOS EN LA NOVELA DE J. D. SALINGUER «EL GUARDIAN ENTRE EL CENTENO»

*The Catcher in the Rye*, una de las pocas novelas del escritor norteamericano Jerome David Salinger<sup>1</sup>, a pesar de la relativa antigüedad de su publicación (1951), sigue concitando la curiosidad de un numeroso sector crítico incapaz de interpretar de forma concluyente e inequívoca la fascinación del microcosmos que encierran sus páginas.

El adolescente Holden Caulfield, divertido y a la vez patético protagonista de *El guardián entre el centeno*, es expulsado por enésima vez de un colegio unos días antes de las vacaciones de Navidad. Incapaz de soportar por más tiempo el ambiente escolar, marcha a Nueva York, ciudad donde viven sus padres y por la que ha de vagar hasta el comienzo de las vacaciones para que éstos no se enteren prematuramente de su expulsión. El tema de la obra, la incapacidad de adaptación del individuo a una sociedad deshumanizada y embrutecedora, queda definido con claridad meridiana mediante el recurso del contraste: al adolescente inmaduro, sincero e idealista se opone una comunidad sórdida, hipócrita e interesada; al individuo solo y dramáticamente indefenso se opone el gigantesco leviatán del multitudinario ámbito urbano.

Como la mayoría de las grandes obras literarias, esta admirable novela admite la posibilidad de distintos niveles de lectura. El éxito editorial obtenido por sus sucesivas ediciones, encuentra explicación en la inolvidable experiencia que un primer nivel de su lectura supone. La excepcional maestría de Salinger convierte la narración de las tribulaciones de su inefable protagonista en un mundo tan personal y entrañable, que muchos de los numerosos lectores de su novela no necesitan más bagaje que la mera anécdota para

<sup>1</sup> Manejamos la traducción al castellano de Carmen Criado, *El guardián entre el centeno* (Alianza Editorial, Madrid 1979). Todas las citas hechas en el presente trabajo se refieren a dicha traducción.

seguir cautivados las peripecias del relato. Coadyuva a esta atracción que una lectura superficial comporta, el dominio que el autor muestra de las posibilidades expresivas del habla coloquial, que dota a la novela de un gracejo inimitable, de una inmediatez y una naturalidad rara vez alcanzadas. El otro gran recurso de Salinger es el humor, recurso manejado con eficaz destreza y que reviste las más variadas manifestaciones: desde la fina ironía hasta el cruel sarcasmo, desde el tono ridículo al rasgo patético. Una vena de soterrada ternura, que subyace bajo el tono humorístico, aflora ocasionalmente para refrenar la causticidad de la ironía dotando al libro de un talante humano inolvidable.

Mas no se crea que las cualidades apuntadas, origen del encanto que emana de una lectura superficial, son las únicas del relato ni siquiera las más relevantes. Bajo la apariencia de inmediatez y espontaneidad, se oculta una compleja y rica gama de implicaciones que convierten un segundo nivel de lectura, a la búsqueda de los últimos significados, en una apasionante aventura.

#### IMPORTANCIA DE LOS ELEMENTOS SIMBOLICOS

Factor importante en la complejidad de *El guardián entre el centeno* lo constituye la función simbólica que desempeñan diversos elementos de la narración. El análisis de dichos elementos, a veces no fácilmente reconocibles por lo hábilmente que van imbricados en el tono de realismo sostenido del relato, creemos podría iluminar aspectos hasta ahora inéditos en las exploraciones críticas realizadas. La variedad de elementos simbólicos invade todos los ámbitos del relato; personajes, escenarios, situaciones, episodios, desempeñan en la mayoría de los casos una doble función: al sentido profundamente realista que en el tono de la narración adquieren, se le yuxtapone una connotación simbólica que los dota de múltiples facetas y los convierte en componentes de un universo poliédrico, susceptible de múltiples y complementarios puntos de vista desde los que aprehender una realidad compleja, sutil y contradictoria.

El estudio de la función expresiva de estos elementos simbólicos queda al margen de los límites que voluntariamente han sido fijados en este trabajo, pero es interesante la simple enumeración de algunos de ellos para que quede constancia del alcance que adquieren en el relato. En este sentido puede citarse el episodio de James Castle (pp. 183-84), un compañero de colegio de Holden Caulfield, que prefirió la muerte antes que retractarse de sus opiniones, y que viene a simbolizar la radical imposibilidad del individuo para insertarse, sin traicionar sus convicciones, en una sociedad mezquina y abyecta que exige la claudicación para medrar en ella. Castle no

claudica y es destruido, lo que para Holden, que se identifica con él y posee un carácter vivamente impresionable, constituye una dramática premonición.

Profundo significado simbólico poseen también otros personajes, como Jane Gallagher, que representa el ideal femenino por su sinceridad, inocencia y desinterés, y que sirve a Holden como obligado término de comparación para calibrar en su justo valor las decepcionantes experiencias sufridas con el sexo femenino a lo largo de la novela. Parecida función expresiva tiene Allie, el hermano de Holden, muerto siendo aún niño, y que viene a resumir la profunda admiración que en el protagonista despierta el mundo infantil, que simboliza la franqueza y la ingenuidad frente a la hipocresía y el escepticismo de los adultos. «Old Allie», el hermano pequeño, dotado de inteligencia y talento, se alza omnipresente en el recuerdo de Holden en contraposición a D. B., el hermano mayor, que teniendo las mismas cualidades de Allie y pudiendo llegar a ser un excelente escritor ha claudicado ante la fama y el dinero. Parece como si los niños encarnaran toda la esperanza que Holden deposita en el género humano, esperanza generalmente frustrada cuando esos niños se convierten en adultos y traicionan, movidos por intereses sociales deleznable, las expectativas ilusionadas que habían hecho concebir.

Pero en este retablo de personajes, generalmente niños o adolescentes, que aún no han tenido oportunidad de entregar su alma al Moloch social, y que revisten por ello un profundo valor simbólico para Holden como lo más valioso del género humano, ninguno iguala en trascendencia a la niña Phoebe, su hermana menor. La pequeña Phoebe Caulfield se erige ante Holden como el juez moral del relato, juez tan ecuánime como comprensivo, que a golpes de intuición, de candor y sencillez, es capaz de escudriñar sus más íntimas motivaciones, de derribar las justificaciones y los pretextos tras los que intenta protegerse. Holden puede mostrarse con ella tal cual es, comunicarse con absoluta sinceridad, libre al fin del detestable espectáculo del filisteísmo y la mezquindad del mundo de los adultos. Los capítulos que describen el encuentro de Holden con su hermana Phoebe (caps. 21-23), verdaderamente modélicos por su mezcla de humor-ternura, realismo-simbolismo, vienen a resumir todo el profundo significado simbólico que el mundo infantil tiene en la novela como contraposición al mundo adulto. Holden Caulfield rechaza el universo ordenado pero intolerable de los mayores, e, incapaz de adaptarse a él, elige, ante la incitación de la pequeña Phoebe, que le fuerza a la elección de una profesión, el único trabajo que le agrada desempeñar: guardán de niños en un campo de centeno:

«Muchas veces me imagino que hay un montón de niños jugando en un campo de centeno. Miles de niños. Y están solos, quiero decir que no hay nadie mayor vigilándolos. Sólo yo. Estoy al borde de un precipicio y mi trabajo consiste en evitar que los niños caigan a él. En

cuanto empiezan a correr sin mirar adónde van, yo salgo de donde esté y los cojo. Eso es lo que me gustaría hacer todo el tiempo. Vigilarlos. Yo sería el guardián entre el centeno» (p. 185).

Mas los aspectos simbólicos no sólo se reducen al ámbito de los personajes y las situaciones, también los objetos aparecen cargados de poderosas connotaciones alegóricas. Así la función expresiva que desempeña el único objeto personal que Holden conserva de su difunto hermano Allie: su guante de beisbol cubierto de poemas rotulados en tinta verde (pp. 45-47); o la gorra de caza roja que Holden se pone con la visera hacia atrás, y que constituye a la vez una seña personal frente a la uniformidad reinante y un gesto de rebeldía frente al aspecto obligado en el atuendo del adolescente común.

Los elementos simbólicos citados, cuyo análisis y valoración en la complejidad de la novela están exigiendo un atento y minucioso estudio, constituyen lo que pudiéramos llamar el «simbolismo explícito» de la obra, porque actúan sobre la receptividad del lector con la clara ambivalencia de sus connotaciones realistas y simbólicas. Sin embargo, la narración va salpicada de otros elementos cuya función realista es clara, pero cuyos componentes simbólicos ya no se revelan tan patentes. Es lo que pudiéramos llamar el «simbolismo implícito» de determinados episodios y situaciones, que por no mostrar inmediatamente el componente alegórico, llegan al lector cargados de poderosas resonancias, matizados de ricas sugerencias, tanto más efectivas por ser de origen inexplicable y desconocido. El examen de uno de estos episodios, cuya función expresiva hemos calificado de «simbolismo implícito», es el que ahora pretendemos abordar.

#### FUNCION SIMBOLICA DEL EPISODIO DE LOS PATOS

Uno de los aspectos más curiosos de la novela lo constituyen las referencias a los patos del lago del Central Park, de Nueva York. En cuatro ocasiones se hace mención de estas aves en el curso de la narración. Veamos cada una de ellas.

Holden, expulsado del colegio de Pencey, va a despedirse de su profesor de Historia, el anciano señor Spencer, por el que siente una vaga simpatía. A pesar de su edad, Spencer no ha perdido su interés por las pequeñas cosas, por las cosas sin valor aparente que los adultos suelen despreciar. Pero todos estos rasgos, que hacían simpática para el muchacho la figura del anciano profesor, desaparecen cuando éste, enfrentado al hecho de la expulsión de Holden del colegio, se revela tal cual es. Spencer es un ser mediocre, envejecido y enfermo, que, incapaz de comprender la situación de su alumno, se entrega a una reprimenda paternalista aderezada con el «moralismo» superficial cuando no hipócrita propio del mundo de los adultos. El desencanto

llega a su punto culminante cuando —enterado Spencer de la amonestación que el director del colegio había dirigido a Holden antes de su expulsión— repite mecánicamente, con la machaconería de una lección bien aprendida, el mismo aforismo con que el director sancionaba la expulsión del alumno indolente:

«La vida es una partida, muchacho. La vida es una partida y hay que vivirla de acuerdo con las reglas del juego» (p. 15).

Este paternalismo farisaico, que tiene la virtud de igualar al director del colegio y al anciano profesor Spencer, acaba por sublevar al atolondrado estudiante que, buscando comprensión, recibe máximas morales o pragmáticas que tienen como único objetivo calmar la mala conciencia de una sociedad que se sabe culpable. Holden, incapaz de aceptar semejantes composiciones, se rebela interiormente y, mientras prosigue con el viejo Spencer una conversación que ya no le interesa, reflexiona indignado:

«De partida un cuerno. Menuda partida. Si te toca del lado de los que cortan el bacalao, desde luego que es una partida, eso lo reconozco. Pero si te toca del otro lado, no veo dónde está la partida. En ninguna parte. Lo que es de partida, nada» (p. 15).

Y es entonces, mientras aturdido y confuso se empeña en proseguir el convencional diálogo con el anciano profesor, cuando un extraño pensamiento se apodera por primera vez de su mente:

«Vivo en Nueva York y de pronto me acordé del lago que hay en Central Park, cerca de Central Park South. Me pregunté si estaría ya helado y, si lo estaba, adónde habrían ido los patos. Me pregunté dónde se meterían los patos cuando venía el frío y se helaba la superficie del agua, si vendría un hombre a recogerlos en un camión para llevarlos al zoológico, o si se irían ellos a algún sitio por su cuenta» (pp. 19-20).

Esta ocurrencia del protagonista cumple una función expresiva explícita, cual es la reafirmación del tono de inmediatez y espontaneidad realista que persigue la narración. Ante la incompreensión ajena y la confusión propia, Holden reacciona con un pensamiento absurdo y divertido que se aviene perfectamente con la atolondrada naturaleza de un adolescente, y, a la vez, dota al libro de ese talante festivo que en pocas ocasiones pierde. Pero a estos elementos se superpone un componente simbólico que más adelante estudiaremos.

Pasemos a la segunda referencia que en la novela se hace a los patos del lago del Central Park. Holden, que ha decidido abandonar el colegio y pasar en Nueva York los días que faltan para el comienzo de las vacaciones

de Navidad, llega a la ciudad. No deseando aparecer en casa de sus padres hasta el comienzo de las mismas, en que éstos tendrán ya noticias de su expulsión, determina alojarse en un hotel distante de la zona donde reside su familia. A este propósito toma un taxi, pero, con el aturdimiento que le es propio, da al taxista la dirección de su casa, por lo que al cabo de unos minutos ha de pedir a éste que deshaga el camino para tomar la dirección opuesta. El taxista, que no es precisamente amable, demuestra su contradicción. Holden, en lugar de callarse, empeora la situación con una pregunta absurda y ridícula:

«Esos patos del lago que hay cerca de Central Park South... Sabe qué lago le digo, ¿verdad? ¿Sabe usted por casualidad adónde van cuando el agua se hiela? ¿Tiene usted alguna idea de dónde se meten? (p. 69).

En el capítulo 12 aparece de nuevo el tema de los patos. Es domingo por la noche. Tras una aventura decepcionante con tres provincianas en la sala de fiestas del hotel donde Holden se aloja, éste se siente triste y deprimido al recordar a su amiga Jane Gallagher. Dispuesto a disipar su tristeza, toma un taxi para ir a una sala de fiesta. El paisaje urbano que se ofrece a su vista aumenta su abatimiento y depresión. Sin embargo, el taxista parece amable y está dispuesto a conversar. Holden, a pesar de ello está aprendiendo a mostrarse precavido, e inicia el tema que le obsesiona con muchas precauciones. Sus preguntas, al principio cautelosas, no tardan en poner en guardia a Howitz, el taxista. A partir de ese momento tiene lugar uno de los diálogos mas chispeantes y divertidos de la novela, que merece la pena transcribir:

«—Oiga, Howitz —le dije—. ¿Pasa usted mucho junto al lago del Central Park?

—¿Qué?

—El lago, ya sabe. Ese lago pequeño que hay cerca de Central South Park. Donde están los patos. Ya sabe.

—Sí. ¿Qué pasa con ese lago?

—¿Se acuerda de esos patos que hay siempre nadando allí? Sobre todo en la primavera. ¿Sabe usted por casualidad adónde van en invierno?

—Adónde va, ¿quién?

—Los patos. ¿Lo sabe usted por casualidad? ¿Viene alguien a llevarse los a alguna parte en un camión, o se van ellos por su cuenta al sur, o qué hacen?

El tal Howitz volvió la cabeza en redondo para mirarme. Tenía muy poca paciencia, pero no era mala persona.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —me dijo—. ¿Cómo quiere que sepa yo una estupidez semejante?

—Bueno, no se enfade usted por eso —le dije.

—¿Quién se enfada? Nadie se enfada.

Decidí que si iba a tomarse las cosas tan a pecho, mejor era no hablar. Pero fue él quien sacó de nuevo la conversación. Volvió otra vez la cabeza en redondo y me dijo:

— Los peces son los que no van a ninguna parte. Los peces se quedan en el lago. Esos sí que no se mueven.

—Pero los peces son diferentes. Lo de los peces es distinto. Yo hablaba de los patos —le dije.

—¿Cómo que es distinto? No veo por qué tiene que ser distinto —dijo Howitz. Hablaba siempre como si estuviera muy enfadado por algo—. No irá usted a decirme que el invierno es mejor para los peces que para los patos, ¿no? A ver si pensamos un poco...

Me callé durante un buen rato. Luego le dije:

—Bueno, ¿Y qué hacen los peces cuando el lago se hiela y la gente se pone a patinar encima y todo?

Se volvió otra vez a mirarme:

—¿Cómo que qué hacen? Se quedan donde están. ¿No te fastidia?

—No pueden seguir como si nada. Es imposible.

—¿Quién sigue como si nada? Nadie sigue como si nada —dijo Howitz.

El tío estaba tan enfadado que me dio miedo de que estrellara el taxi contra una farola—. Viven dentro del hielo, ¿no te fastidia? Es por la naturaleza que tienen ellos. Se quedan helados en la postura que sea para todo el invierno.

—Sí, ¿eh? Y, ¿cómo comen entonces? Si el lago está helado no pueden andar buscando comida ni nada.

—¿Que cómo comen? Pues por el cuerpo. Pero, vamos, parece mentira... Se alimentan a través del cuerpo, de algas y todas esas mierdas que hay en el hielo. Tienen los poros esos abiertos todo el tiempo. Es la naturaleza que tienen ellos. ¿No entiende? —se volvió ciento ochenta grados para mirarme» (pp. 91-93).

Todas las indagaciones realizadas por el joven Caulfield acerca de la cuestión que parece obsesionarle —¿qué hacen los patos en un lago helado?— han resultado infructuosas. Las gentes tienen ya demasiados problemas con sus propios asuntos para preocuparse por la suerte de unos patos a los que se les ha helado el lago en que vivían. Por lo que Holden, decidido a resolver el enigma, en la noche del domingo, borracho y aterido de frío, se interna en el Central Park para comprobar por sí mismo el destino de las aves:

«He vivido en Nueva York toda mi vida y me conozco el Central Park como la palma de la mano porque de pequeño iba allí todos los días a patinar y a montar en bicicleta, pero aquella noche me costó un trabajo horrible dar con el lago. Sabía perfectamente dónde estaba —muy cerca

de Central Park South—, pero no acertaba a encontrarlo. Debía estar más borracho de lo que pensaba. Seguía andando sin parar. Cada vez se iba poniendo más oscuro y cada vez me daba más miedo. En todo el tiempo que estuve en el parque no ví ni un alma (...). Al final encontré el lago. Estaba helado sólo a medias, pero no vi ningún pato. Di toda la vuelta alrededor —por cierto casi me caigo en el agua—, pero de patos ni uno. A lo mejor, pensé, estaban durmiendo en la hierba al borde del agua. Por eso casi me caigo adentro, por mirar. Pero, como les digo, no vi ni uno» (pp. 166-67).

Como puede comprobarse en todas las ocasiones en que aparece, el asunto de los patos en el lago helada desempeña una doble función expresiva: por una parte coadyuva al tono de realismo espontáneo que la narración pretende, por otra parte sirve para caracterizar la figura del adolescente protagonista ofreciéndole una ocasión para mostrar su comportamiento absurdo e inconsecuente a través del prisma del humor. Pero además de estos aspectos, el motivo de los patos encubre una dimensión simbólica que es la que ahora nos interesa desentrañar.

Hemos afirmado al principio que el tema de *El guardián entre el centeno* puede resumirse en la antinomia individuo-sociedad, la persona sola e indefensa ante la colectividad todopoderosa. Holden Caulfield, el atormentado adolescente de Salinger, es incapaz de adaptarse a una sociedad que exige la sumisión y la hipocresía, a una sociedad rígida, edificada sobre principios inconcusos y que carece de respuestas para las motivaciones más íntimas del individuo. El joven Caulfield busca un sitio en esa sociedad por el que no tenga que abdicar de los valores que considera irrenunciables; pero ese sitio, una y otra vez, le será negado. Así vagará de colegio en colegio, irá de unas a otras personas, para recoger la misma cosecha de decepciones. La única esperanza se vislumbra en el mundo de los niños, pero ya dejó de ser uno de ellos, y su idea de convertirse en guardián de niños en un campo de centeno no es más que un sueño poético. Su lugar está en el mundo de los adultos, en donde no es admitido. La conciencia de esta frustración es la que angustia al joven Caulfield. ¿Qué ocurre cuando el individuo es incapaz de adaptarse a la sociedad a la que está condenado a pertenecer? ¿Qué hacer cuando la sociedad rechaza a la persona destinada a insertarse en ella? ¿A dónde ir? ¿Dónde refugiarse?

La inquietud producida por estos interrogantes la proyecta el muchacho sobre un caso similar que la naturaleza ha de tener previsto. ¿Qué hacen los patos del lago del Central Park cuando sus aguas se hielan? ¿Qué hacen estos animales cuando el *habitat* al que por su naturaleza pertenecen se convierte en inhabitable? ¿Se quedan, se los llevan, se van ellos por su cuenta? El paralelismo ha sido establecido; la suerte de los patos se convierte en

el símil que resume el drama de Holden, la anécdota adquiere categoría de símbolo.

Es para medir la magnitud de su crisis por lo que Holden se sumerge en el tráfago de la ciudad de Nueva York a la búsqueda de individuos y situaciones que aclaren su circunstancia. Presa de gran inquietud, recorrerá los más variados escenarios, recurrirá a todo tipo de personas, con la esperanza de proyectar un poco de luz en su camino. La piedra de toque para develar su destino, la llave maestra para esclarecer su situación, la clave del enigma de su circunstancia, va a resumirse para él en una interrogación aparentemente vanal: ¿Qué hacen los patos del lago del Central Park cuando llega el invierno y las aguas se hielan?

Nadie será capaz de tomar en serio semejante pregunta. El taxista Howitz, el único que se aviene a hablar del tema, ni conoce ni le interesa conocer la suerte de los patos porque, en todo caso, ellos mismos son culpables de lo que les pueda ocurrir en invierno si es que no están preparados para afrontarlo. Para el taxista Howitz, también la vida es un juego con sus propias reglas y nadie tiene que temer nada si se atiene a ellas, como hacen los peces de ese mismo lago helado, que, pueden aguantar por su especial naturaleza las inclemencias del invierno. El caso de los patos, en cambio, por salirse de este sabio esquema del mundo natural, carece de sentido y se niega a tomarlo en consideración.

Es así como Holden llega a la conclusión de que, al igual que ocurre en el mundo animal, no hay lugar en la colectividad humana para el individuo que no sabe adaptarse a ella a través de las normas que la regulan. Simbólicamente su drama queda ya definido y la magnitud de su fracaso determinada: Holden Caulfield, a diferencia de los peces, es incapaz de adaptarse a su medio, y vaga, con la torpeza y la impotencia de las aves acuáticas en invierno, sobre ese enorme, inmenso estanque helado en que se ha convertido la ciudad de Nueva York.

ANTONIA PASCUAL FIGAL  
I. B. Norba Caesarina  
Cáceres